

so. Yo, á quien la verdad encanta y la paradoja divierte, no conocia compañía más agradable que la de G***. El sabe todas las verdades probadas é inventa todas las paradojas posibles.

Recuerdo que su fantasía en aquel momento era sostenerme que el basilisco existe.

Plinio habla de él y le describe, me decia. El basilisco nace en el país de Cirene, en Africa. De largo tiene cerca de doce dedos; sobre la cabeza tiene una mancha blanca que le forma una diadema, y cuando silba, las serpientes huyen. La Biblia dice que tiene alas. Lo que está demostrado es que en tiempo de San Leon hubo en Roma, en la iglesia de Santa Lucía, un basilisco que infectó con su aliento toda la ciudad. El santo Papa se atrevió á asomarse á la bóveda húmeda y sombría debajo de la cual estaba el móstruo, y Scaligero dijo en bastante buen estilo que le exterminó por medio de sus oraciones.

G*** añadia, viendo que me resistia á creer en el basilisco, que ciertos lugares tienen una virtud particular sobre ciertos animales: que en Seriphe, en el Archipiélago, las ranas no cantan; que en Reggio, en Calabria, las cigarras tampoco cantan; que los jabalíes son mudos en Macedonia; que las serpientes del Eufrates no muerden á los indigenas, ni aun dormidos, y sí á los extranjeros; en tanto que los escorpiones del monte Latmos, inofensivos para los extranjeros, pican mortalmente á los habitantes del país. Me hacia, ó mejor dicho, se hacia á sí mismo una porcion de preguntas, y yo le dejaba decir. ¿Por qué hay una multitud de conejos en Mallorca y por qué no hay ni uno en Ibiza? ¿Por qué las liebres mueren en Itaca? ¿De dónde procede que no se encuentre un lobo en el monte Olimpo, ni un mochuelo en la isla de Creta, ni un águila en la isla de Rodas?

Viéndome sonreír, se interrumpía:

—Poco á poco, querido; pero estas son las opiniones de Aristóteles.

A lo cual me contentaba con responder:

—Amigo mio, eso es la ciencia muerta, y la ciencia muerta no es ya ciencia, es erudicion.

Y G*** me replicaba con su mirada llena de gravedad y de entusiasmo:

—Teneis razon. La ciencia muere. Solo el arte es inmortal. Un gran sábio hace olvidar á otro gran sábio; en cuanto á los grandes poetas del pasado, los

grandes poetas del presente y del porvenir no pueden más que igualarlos. Aristóteles ha pasado, Homero no.

Esto dicho quedó pensativo, y despues se puso á buscar algun insecto en la yerba ó una rima en las nubes.

De esta manera llegamos juntos á Milly, á una llanura donde aun se ven vestigios de una casucha que fué famosa en el proceso de los hechiceros del siglo diez y siete. Hé aquí en qué ocasion. Un lobo cerval devastaba el país. Algunos caballeros de la montería del rey le batieron, con el refuerzo notable de criados y campesinos. El lobo, perseguido en esta llanura, dió alcance á esta casucha y se metió en ella. Los cazadores la rodearon y luego entraron tambien bruscamente y encontraron una vieja. Una vieja horrible, bajo cuyos piés estaba todavía la piel del lobo que Satanás no habia tenido tiempo de hacer desaparecer en su rampojo. Ocioso es decir que la vieja fué quemada sobre un haz de leña verde, lo cual se ejecutó delante del bello frontispicio de la catedral de Sens.

Me causa admiracion que los hombres, con una especie de coquetería estúpida, hayan ido siempre á buscar esas tranquilas y serenas maravillas de la inteligencia humana para hacer ante ellas sus mayores majaderías.

Esto sucedia en 1636, en el año en que Corneille hacia representar el *Cid*.

Me hallaba refiriendo esta historia á G***, cuando me dijo:

—Escuchad.

En efecto, de un pequeño grupo de casas oculto entre los árboles, á nuestra izquierda, oíamos salir la voz acompasada de un charlatan. G*** ha sido siempre aficionado á esa clase de ruido grotesco y triunfal.

—El mundo, me decia un dia, está lleno de grandes alborotos formales, de los cuales este es la parodia. Mientras que los abogados declaman desde el estrado político, mientras que los retóricos peroran en el estadio escolástico, yo voy por los prados, recojo mosquitos y colecciono briznas de yerba; me penetro de la grandeza de Dios, y siempre me doy por satisfecho cuando encuentro al fin del camino ese emblema ruidoso de la pequeñez de los hombres, ese charlatan sofocándose con su pesada caja, ese Bobino, ese Bobeche, esa ironía. El charlatan se mezcla á mis estudios y los completa: fijo esta figura con un alfiler en mi cartón, como un escarabajo ó una mariposa,

y clasifico el insecto humano entre los otros.

G*** me arrastró hácia el grupo de casas de donde procedia el ruido—un caserío bastante mezquino, que se llama, segun creo, Petit-Sou, lo que me recordó el pueblo de Asculum, en el camino de Trivicum á Brindes, el cual ofrece un geroglífico á Horacio:

*Quod versu dicere non est,
Signis perfacile est.*

Asculum, en efecto, no puede entrar en un verso alejandrino.

Era la fiesta del pueblo. La plaza, la iglesia y la alcaldía estaban engalanadas como si fuera domingo. El mismo cielo, coquetamente adornado de una multitud de preciosas nubes blancas y rosadas, tenia tambien algo de agreste, de divertido y de dominical. Corros de niños y de niñas, contempladas dulcemente por algunos viejos, ocupaban un extremo de la plaza, que estaba tapizada de césped; en el otro extremo, empedrado de guijarros agudos, la multitud rodeaba una especie de tablado arrimado á una especie de barraca.

El tablado estaba compuesto de dos tablas y una escala; la barraca estaba cubierta de esa clásica tela de cuadros azules y blancos, que trae á la memoria recuerdos de grabado, y que, utilizándose en caso de necesidad para casaca, ha dado el nombre de *jergones de paja* á todos los criados de todos los charlatanes. Al lado del tablado se abria la puerta de la barraca, una simple abertura en la tela, y encima de esta puerta, en un cartelón blanco, adornado con esta palabra, escrita en letras mayúsculas grandes y negras:

MICROSCOPIO,

bullian, groseramente dibujados en mil actitudes fantásticas, muchos animales espantosos, muchos mónstruos quiméricos, muchos seres imposibles que San Antonio no ha visto y que Callot no ha soñado.

Dos hombres hacian gestos en este tablado. Uno sucio, como Job; bronceado, como Ptha; cubierto, como Osiris; lloroso, como Memnon: tenia algo de oriental, de fabuloso, de estúpido y de egipcio, y tocaba un tambor grande, soplando al mismo tiempo al azar en una flauta. El otro miraba como tocaba. Era una especie de Sbrigani, panzudo, barbudo, velludo y melenudo, de aire feroz y vestido como húngaro de melodrama.

Alrededor de esta barraca, de este ta-

blado y de estos hombres, muchos aldeanos apasionados, muchas campesinas fascinadas, muchos admiradores, los más horribles del mundo, abrian las bocas embobados y los ojos estúpidos.

Detrás del estrado, algunos niños practicaban artísticamente agujeros en la vieja tela blanca y azul, que hacia poca resistencia y les dejaba ver el interior de la barraca.

Cuando llegamos, el egipcio terminó su música y el Sbrigani se puso á hablar. G*** se dispuso á escuchar.

Excepto la invitacion de costumbre, *Entrad y vereis*, etc., declaro que lo que decia aquel fantasma era perfectamente ininteligible para mí, para los aldeanos y para el egipcio, el cual habia adoptado una posicion de bajo-relieve, y prestaba atencion con tanta dignidad como si hubiese asistido á la dedicatoria de las grandes columnas de la sala hipostila de Karnac por Menefta I, padre de Rhamses II.

En cambio, desde las primeras palabras del charlatan, G*** se habia estremecido. Al cabo de algunos minutos se inclinó hácia mí y me dijo en voz muy baja:

—Vos que sois jóven, que teneis buena vista y lápiz, hacedme el favor de escribir lo que dice ese hombre.

Quise preguntar á G*** la explicacion de este extraño deseo, pero ya habia fijado su atencion en el tablado con demasiada energía para que me oyese. Tomé el partido de complacer á G***, y como el charlatan hablaba con una lentitud solemne, hé aquí lo que escribí, copiado al pié de la letra:

“La familia de los *scyres* se divide en dos especies: la primera no tiene ojos, la segunda tiene seis, lo que la distingue del género *cunaxa*, que tiene dos, y del género *bdella*, que tiene cuatro.”

Al llegar aquí, G***, que escuchaba con un interés cada vez más profundo, se quitó el sombrero, y dirigiéndose al charlatan, con la inflexion de voz más graciosa y más acaramelada:

—Perdonad, caballero; pero ¿vos no decis nada del grupo de los gamasos?

—Quién habla ahí? dijo el hombre, echando una mirada sobre los asistentes, pero sin sorpresa ni vacilacion. Ese viejo? Pues bien, anciano, en el grupo de los gamasos solo he encontrado una especie, que es un dermaniso, parásito de los murciélagos.

—Yo creí, replicó G*** tímidamente, que era un glicifago cursor,

—Estais en un error, buen hombre, replicó el Sbrigani. Hay un abismo entre el glicífago y el dermaniso, y puesto que os ocupais de esas grandes cuestiones, estudiad la naturaleza. Consultad á Degeer, Hering y Hermann. Observad—yo no cesaba de escribir—el *sarcoptes ovis*, que tiene por lo menos uno de los dos pares de patas posteriores completa y carunculada; el *sarcoptes rupicaprae*, cuyas patas posteriores son rudimentarias y setíferas, sin vesícula y sin tarsos; el *sarcoptes hippopodos*, que es tal vez un glicífago...

—No estais seguro? interrumpió G*** casi con respeto.

—No estoy seguro, respondió majestuosamente el charlatan. Sí, yo debo á la santa verdad la confesion de que no estoy seguro. De lo que si estoy seguro es de haber recogido un glicífago en las plumas del buho. De lo que si estoy seguro es de haber encontrado, visitando las galerías de anatomía comparada, glicífagos en las cavidades, entre los cartílagos y bajo las epífisis de los esqueletos.

—Esto sí que es prodigioso! murmuró G***.

—Pero, prosiguió el hombre, esto me lleva demasiado lejos. Ya os hablaré en otra ocasion, señores, del glicífago y del psoropte. El animal extraordinario y temible que voy á enseñaros hoy es el sarcopto. ¡Animal horrible y maravilloso! El ácaro del camello, que no se parece en nada al del caballo, tiene semejanza con el del hombre. De aquí una confusion posible, cuyas consecuencias serian funestas—yo no cesaba de escribir.—Estudiémoslos, señores; estudiemos estos mónstruos. La forma del uno y del otro es poco más ó menos la misma; pero el sarcopto del dromedario es un poco más prolongado que el sarcopto humano; la parte intermediaria de los pelos posteriores, en lugar de ser la más pequeña, es la más grande. La superficie ventral tiene tambien sus particularidades. El collar está separado con más limpieza en el *sarcoptes hominis*, y envía por la parte inferior una punta aciculiforme que no existe en el *sarcoptes dromadariv*. Este último es más gordo que el otro. Hay tambien una diferencia enorme en las espinas de la base de las patas posteriores; en la primera especie son simples y desigualmente bifidas en la segunda...

Al llegar aquí, cansado de escribir todas estas cosas tenebrosas é imponentes, no pude resistir el deseo de darle con el

codo á G*** y de preguntarle por lo bajo: —Pero ¿de qué diablo habla ese hombre?

G*** medio se volvió hácia mí y me dijo con gravedad:

—De la sarna.

Solté una carcajada tan violenta que la cartera se me cayó de las manos. G*** la recogió, me arrancó el lápiz, y sin dignarse replicar á mi alegría, ni aun con un-gesto de desprecio, atento más que nunca á las palabras del charlatan, continuó escribiendo en mi lugar, en la actitud recogida y rafaelesca de un discípulo de la escuela de Atenas.

Debo decir que los aldeanos, cada vez más admirados, participaban hasta el supremo grado de la admiracion y beatitud de G***. La extrema ciencia y la extrema ignorancia se tocan por la extremada sencillez. El diálogo oscuro y temible del charlatan habia producido su efecto en los vecinos del honrado pais de Petit-Sou. El pueblo es como el niño: se maravilla de lo que no comprende. Ama lo ininteligible, lo árduo, el baturrillo declamatorio y maravilloso. Cuanto más ignorante es el hombre, tanto más le encanta lo oscuro; cuanto más bárbaro es el hombre, tanto más le agrada lo complicado. Nada hay menos sencillo que un salvaje. Los idiomas de los hurones, los botocudos y los chesapeaks son bosques de consonantes, á través de las cuales, medio engullidas en el fango de las ideas mal formadas, se mueven palabras inmensas y horribles, como se arrastraban los mónstruos antediluvianos entre las inexplicables vegetaciones del mundo primitivo. Los algonquinos traducen esta palabra tan corta, tan sencilla y tan dulce, *Francia*, por *Mittigouchiouiendakialiank*.

Cuando la barraca se abrió, la multitud, impaciente por contemplar las maravillas prometidas, se precipitó en ella. Las mittigouchiouiendakialiank de los charlatanes se resuelve siempre en una lluvia de hards ó de doblones en su escarcela, segun que se han dirigido al pueblo bajo ó al pueblo alto.

Una hora despues habíamos vuelto á emprender nuestro paseo y seguíamos la orilla de un bosquecillo. G*** aun no me habia dirigido una palabra. Yo hacia mil esfuerzos inútiles para recobrar su gracia. De repente, pareciendo salir de un profundo desvarío y como contestándose á sí mismo, dijo:

—Y habla muy bien!

—De la sarna, no es cierto? me atreví á indicar muy tímidamente.

—Sí, por cierto, de la sarna, me respondió G*** con firmeza.

Despues de un corto silencio añadió:

—Este hombre ha hecho magníficas observaciones microscópicas. Verdaderos descubrimientos.

Yo aventuré aun una palabra.

—Habrá estudiado la cuestion en ese Faraon de Egipto, del cual ha hecho su lacayo y su músico.

Pero G*** ya no me oia.

—Qué cosa más prodigiosa! exclamó, y ¡qué asunto de meditacion más melancólica! La enfermedad sigue al hombre despues de la muerte. ¡Los esqueletos tienen sarna!

Todavía hubo otro instante de silencio; despues añadió:

—Este hombre falta en la tercera clase del Instituto. Hay muchos académicos que son charlatanes; hé aquí un charlatan que debiera ser académico.

Ahora, amigo mio, á tu vez te veo desde aquí reir y exclamar:

—Eso es todo? Oh! ¡pues no es nada lo de las agradables aventuras y seductoras historias de que goza el viajero que vá á pié! ¡Encontrar osos, ú oir á alguno que tiene por oficio tragarse los sables, con los brazos desnudos y el cinturon colorado, confrontar al aire libre el ácaro del hombre con el ácaro del camello y dar á los aldeanos un curso filosófico de sarna comparada! A la verdad, es preciso apresurarse para bajar de la silla de posta y disfrutar de estas maravillosas satisfacciones.

Como te acomode. Por lo que á mí se refiere, no sé si es la mañana, si es la primavera ó si es mi juventud lo que se mezcla á estos recuerdos, ya antiguos ¡ay de mí!, pero ellos resplandecen en mi memoria. Les encuentro encantos que no puedo expresar. Ríete, pues, lo que quieras del *viajero á pié*: yo estoy siempre dispuesto á volver á empezar, y si me aconteciese todavía hoy alguna aventura parecida á las que he referido, "tendria en ello un placer extremado."

Pero aunque semejantes ocasiones son raras, yo, cuando emprendo una excursion á pié, con tal que el cielo tenga el aire alegre, los pueblos un aspecto de dicha, el rocío tiemble en la punta de las yerbas, el hombre trabaje, el sol brille y el pájaro cante, doy gracias á Dios y no le pido otras aventuras.

El otro dia, pues, á las cinco y media de la mañana, despues de haber dado las

órdenes necesarias para hacer transportar mi equipaje á Bingen, al asomar el alba dejé á Lorch y un buque me transportó á la orilla opuesta. Si alguna vez sigues este camino, haz lo mismo que yo. Las ruinas romanas, del Bajo Imperio y góticas, de la ribera izquierda, tienen mucho más interés para el caminante que las pizarras de la ribera derecha. A las seis estaba sentado, despues de una ascension bastante ruda á través de las viñas y de las malezas, en la cima de una colina de lava apagada que domina el castillo de Furstenberg y el valle de Diebach, y allí justifiqué un error de los anticuarios. Refieren éstos, y yo te lo escribí tomándolo de ellos en mi anterior carta, que la gran torre de Furstenberg, redonda por fuera, es exágonica por dentro. Ahora bien, desde el punto elevado en que estaba colocado hundí mi mirada en lo profundo de la torre, y te puedo afirmar, si el asunto te interesa, que es redonda en el interior como por el exterior. Lo notable es su altura, que es prodigiosa, y su forma, que es singular. Como tiene enormes almenas sin buhardas y como vá ensanchándose de la cumbre á la base, sin vanos, sin ventanas, horadada apenas por algunas tronerillas largas, se asemeja de la manera más extraña á los misteriosos y macizos castillejos de Samarcanda, de Calicut ó de Canganor, y se espera ver á cada instante aparecer en el remate de esta alta torre, casi indostana, al maharadja de Lahore ó al zamorin de Malabar como á Luis de Baviera ó Gustavo de Suecia. Con todo, esta ciudadela, más pronto oriental que gótica, ha desempeñado un gran papel en las luchas de Europa. En el momento en que estaba pensando en todas las escalas que han sido sucesivamente aplicadas á los flancos de este gigante de piedra, y en que me acordaba del triple sitio de los bávaros en 1321, de los suecos en 1632 y de los franceses en 1689, un trepador la escalaba alegremente.

Lo que ha motivado el error de los anticuarios es una torrecilla que defiende la ciudadela por el lado de la montaña, y que, redonda por dentro, está armada en su cúspide de un coronamiento de buhardas cortado en seis caras. Ellos tomaron la torrecilla por la torre y lo de fuera por lo de dentro. Por otra parte, en esta hora matinal, gracias á los vapores todavía condensados y apoyados sobre el suelo, no distinguia más que la cabeza del castillejo, la cima de las mu-

rallas, y en el horizonte, por todo mi alrededor, la alta cresta de las colinas. A mis piés, el fondo del paisaje estaba oculto por una bruma blanca y espesa, cuyo borde doraba el sol. Se hubiese dicho que una nube había caído en el valle.

Al sonar las siete en esta nube que envolvía el campanario de Rheindiebach, caserío situado al pié del Furstenberg, el trepador echó á volar y yo me levanté.

Mientras bajaba, la niebla subía, y cuando llegué al pueblo, los rayos del sol llegaban hasta él. Algunos instantes despues había dejado el pueblo detrás de mí, sin haberseme ocurrido, lo confieso, interrogar al eco famoso de su barranco; caminaba alegremente á lo largo del Rhin y cambiaba un amigable saludo con tres jóvenes pintores que iban hácia Bacharach, con el saco y el paraguas á la espalda. Cuantas veces encuentro tres jóvenes que viajan á pié con tan sencillo equipaje, y no obstante van alegres y con los ojos resplandecientes como si su pupila reflejase las mágias del porvenir, no puedo menos que desearles la realización de sus quimeras, y pensar en esos tres hermanos, Cadenet, Luynes y Brandes, que, hace de esto doscientos años, partieron una madrugada á pié para la corte del rey Enrique IV, no teniendo entre los tres más que una sola capa, llevada á su vez por cada uno, y que quince años despues, en tiempo de Luis XIII, eran, el primero duque de Chaulnes, el segundo condestable de Francia y el tercero duque de Luxemburgo.

¡Soñad, pues, jóvenes, y seguid vuestro camino!

Este viaje de tres parecía además que estaba de moda en las orillas del Rhin; pues no había andado media legua, apenas llegaba á Niederheimbach, y ya había encontrado otros tres jóvenes caminando juntos. Estos eran evidentemente estudiantes de alguna de esas nobles universidades que fecundizan la vieja Teutonia, civilizando la joven Alemania. Llevaban el clásico gorro, los cabellos largos, el cinturón, el redingot abrochado, el bastón en la mano, la pipa de loza encendida en la boca y, como los pintores, el zurrón á la espalda. En la pipa del más joven de los tres había pintadas unas armas, probablemente las suyas. Parecían discutir con calor, y se dirigían, lo mismo que los pintores, hácia el lado de Bacharach. Al pasar junto á mí, uno de ellos me gritó, saludándome con el gorro:

—*¿Dic nobis, domine, in qua parte corporis animam veteres locant philosophi?*

Yo devolví el saludo y contesté:

—*In corde Plato, in sanguine Empedocles, inter duo supercilium Lucretius.*

Los tres jóvenes se sonrieron, y el de más edad exclamó:

—*Vivat Gallia regina!*

Yo repliqué:

—*Vivat Germania mater!*

Nos saludamos aun otra vez con la mano y yo pasé de largo.

Apruebo esta manera de viajar tres. Dos amantes, tres amigos.

Por encima de Niederheimbach se alzan y se sobreponen los picos del sombrío bosque de Sann ó de Son, y allí, entre las encinas, se yerguen dos fortalezas destruidas, Heimburg, castillo de los romanos, y Sonneck, castillo de los bandoleros. El emperador Rodolfo destruyó Sonneck en 1282; el tiempo ha demolido Heimburg. Una ruina más melancólica todavía se oculta entre los pliegues de estas montañas, y es Falkenburg.

Como ya te lo he dicho, había dejado el pueblo detrás de mí. El sol era ardiente, el fresco aliento del Rhin se templaba, el camino se cubría de polvo; á mi derecha se abría estrechamente entre dos rocas una preciosa rambla llena de sombra; un puñado de pajarillos charlaban allí á más y mejor y se entregaban á odiosas murmuraciones, en que se ocupaban unos de otros en las profundidades de los árboles; un arroyo de agua viva, engrosado por las lluvias, cayendo de piedra en piedra, tomaba el aspecto de torrente, devastaba las belloritas, espartaba los mosquitos y formaba pequeñas cascadas que alborotaban entre la maleza; distinguía vagamente á lo largo de ese arroyo, en las dulces tinieblas que vertían los follajes, un sendero que mil flores salvajes, el albolol, el amaranto, el helicriso, la espadaña de hojas acanaladas y el lirio cárdeno de las nueve hojas persas, ocultaban para el profano y tapizaban para el poeta. Tú sabes que hay momentos en que creo casi en la inteligencia de las cosas; en esta rambla me parecía que una multitud de voces murmuraban y me decían:—Dónde vas? tú buscas los sitios en donde hay poco de pasos humanos y donde hay mucho de huellas divinas; tú quieres poner tu alma en equilibrio con el alma de la soledad; tú quieres la sombra y la luz, el movimiento y la paz, las transformaciones y la serenidad; tú buscas el lugar donde el Verbo se espacia en el silencio, donde se

vé la vida en la superficie de todo y donde se siente la eternidad en el fondo; tú amas el desierto y no aborreces al hombre; tú buscas la yerba y el musgo, las hojas húmedas, las ramas hinchadas de savia, los pájaros que gorjean, las aguas que corren, los perfumes que se esparcen. Pues bien, entra. Este sendero es tu camino.

Yo no me hice mucho de rogar y entré en la rambla.

Decirte lo que hice allí ó, mejor dicho, lo que la soledad me hizo; referirte la manera cómo las avispas zumbaban alrededor de las campanillas violadas; cómo los necróforos bronceados y las feronias azules se refugiaban en los pequeños antros microscópicos que las lluvias excavan debajo de las raíces de los arbustos; cómo las alas rozaban las hojas; lo que se estremecía sordamente en el musgo; lo que cantaba en los nidos; el rumor dulce é indistinto de las vegetaciones, de las mineralizaciones y de las fecundaciones misteriosas; la riqueza de los escarabajos, la actividad de las abejas, la alegría de los libelulios, la paciencia de las arañas; los aromas, los reflejos, las expansiones; las quejas, los gritos lejanos; las luchas de insecto á insecto, las catástrofes de hormigueros, los breves dramas de la yerba; los alientos que se exhalaban de las rocas como suspiros, los rayos que venían del cielo á través de los árboles como miradas, las gotas de agua que caían de las flores como lágrimas; las semi-revelaciones que salían de todas partes; el trabajo tranquilo, armonioso, lento y continuo de todos esos seres y de todas esas cosas que viven en apariencia más cerca de Dios que del hombre; contarte todo esto, amigo mío, sería expresarte lo infinito. Qué hice allí? No lo sé. Como en los barrancos de Sangoarshausen, vagué, soñé, adoré y rogué. En qué pensaba? No me lo preguntes. Hay instantes, tú lo sabes, en que el pensamiento flota como ahogado por mil confusas ideas.

Todo se mezclaba en estas montañas á mi meditacion y se combinaba con mi desvarío; el verdor, las ruinas, los fantasmas, el paisaje, los recuerdos, los hombres que han pasado por estas soledades, la historia que ha resplandecido en ellas, el sol que ha irradiado aquí siempre. César, me decía á mí mismo, caminando á pié como yo, quizá ha vadeado este arroyo, seguido del soldado que llevaba su espada. Casi todas las grandes voces que han agitado la inteligencia humana han

turbado los ecos del Rhingau y del Taunus. Esas montañas son las mismas que se conmovieron cuando el príncipe Tomás de Aquino, por tanto tiempo apellidado *Bos mutus*, lanzó en fin en la doctrina ese bramido que hizo estremecer al mundo. *Dedit in doctrina mugitum, quod in toto mundo sonavit.* En estos montes es donde Juan de Huss, prediciendo á Lutero, como si la cortina que se desgarrara en la última hora dejase ver distintamente el porvenir, esparció de lo alto de su hoguera de Constanza ese grito profético: *Hoy quemais la oca (1), pero dentro de cien años nacerá el cisne.* Por último, á través de estas rocas es donde Lutero, cien años despues, surgió á la hora dicha, abrió sus alas y arrojó este clamor formidable: *¡Mueran los obispos y los príncipes, los monasterios, los claustros, las iglesias y los palacios antes que una sola alma!*

Y me parecía que, por en medio de los ramajes y de las escabrosidades, las ruinas respondían por todas partes: "Oh! ¡Lutero, los obispos y los príncipes, los monasterios, los claustros, las iglesias y los palacios han muerto!"

Abismado en estas cosas inagotables y vivaces que son, que persisten, que florecen, que verdean y que la cubren bajo su vegetación eterna, pensaba: ¿la historia es grande ó es pequeña? Decide esta cuestion si puedes. En cuanto á mí, me parece que el contacto con la naturaleza, que es la vecindad de Dios, tan pronto achica al hombre como lo engrandece. Es una gran cosa para el hombre ser una inteligencia que tiene su ley aparte, que ejecuta su obra y que desempeña su papel en medio de los hechos inmensos de la creación. En presencia de una gran encina llena de antigüedad y llena de vida, hinchada de savia, cargada de follaje, habitada por mil pájaros, si no poseyese ese dón inapreciable, no podría el hombre soñar con ese fantasma que se ha llamado Lutero, con ese espectro que se ha nombrado Juan Huss, con esa sombra que es conocida por César.

Sin embargo, te lo confieso, hubo en mi paseo un momento en que todas estas memorias desaparecieron, en que el hombre se desvaneció, en que solo la idea de Dios llenó mi alma. Había llegado, no sabría decirte por qué senderos, á la cumbre de una colina muy alta cubierta de arbustos cortos, que tenían alguna analogía con la coscoja de Provenza, y

(1) Huss quiere decir oca.